



hermes

GUREGAIK

SOBRE LA IDEA DE LA EUROPA DE LOS PUEBLOS

EN EL PERIODO DE
ENTREGUERRAS
(1918-1939)

XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS

Los diversos movimientos nacionalistas que nacieron o se desarrollaron durante el período de entreguerras en Europa Occidental compartían una autopercepción de sus naciones muy diferente de la albergada por los representantes políticos de las minorías nacionales de Europa Oriental. Aunque su situación objetiva tendiese en algunos aspectos a ser similar (por ejemplo, en lo referente a la negación o insuficiencia de derechos culturales y lingüísticos), la imagen que los nacionalistas periféricos de Occidente hacían de sí mismos no los emparejaba con los alemanes de Transilvania o los

ucranios de Polonia, sino que implícitamente les llevaba a establecer paralelismos con luchas de liberación nacional triunfantes que creían semejantes a la suya: movimientos nacionalistas en pugna por su independencia contra un Estado opresor, como habían sido los irlandeses o, con anterioridad a la I Guerra Mundial, checos y polacos. La adaptación de los nacionalistas catalanes, vascos o gallegos a organizaciones como el Congreso de Nacionalidades Europeas (CNE) fundado en 1925 no fue sencilla. Solo en el caso de los catalanistas se registró una aportación continua y relevante a los debates teóricos del movimiento nacionalitario centroeuropeo, dominado por la cosmovisión e intereses de las organizaciones políticas de las minorías étnicas germanas, magiares, judías y eslavas de Europa centro-oriental. En el caso de los gallegos y, sobre todo, los vascos, los mitos internacionalistas y las propias bases doctrinales de un movimiento nacionalista “sin Mutterland” hallaban una muy problemática plasmación en plataformas comunes con minorías nacionales de Europa centro-oriental¹.

XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS

UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

En el Estado francés se registraron intentos de imponer una dinámica de actuación común entre los movimientos nacionalistas bretón, alsaciano y corso —y sólo secundariamente, occitano—, que en ciertos aspectos se asemejaba al movimiento de las minorías nacionales centroeuropeas². Con todo, los intentos de articulación de una “coordinación” europea de las nacionalidades occidentales, y en primer lugar de las del Estado francés, formaban parte de una suerte de tendencia natural de todos los movimientos nacionalistas a buscar la solidaridad exterior de otros movimientos similares para conseguir objetivos comunes, aunque a la postre tales alianzas tiendan a fracasar debido a la divergencia de intereses y a la consabida dificultad de los nacionalistas para entenderse entre sí. Alianzas “paneuropeas” de movimientos nacionalistas sin Estado en Europa Occidental habían sido concebidas por los más variopintos actores a lo largo del siglo XIX. Ya Giuseppe Mazzini, partiendo de su asociación *Giovane Italia* (fundada en 1831) promovió los ideales de nacionalismo democrático y republicanismo y su visión de un nuevo orden internacional basado en la coexistencia pacífica de naciones libres. Con ese fin, contribuyó a la aparición de una Joven Irlanda, Joven Polonia, Joven Serbia, etc., y estableció relaciones regulares con los líderes nacionalistas de varios pueblos de Austria-Hungría y del Imperio Otomano, con el utópico objetivo de promover una revolución nacionalista común³.

En el ámbito ibérico, existieron varias tentativas de coordinación entre nacionalistas gallegos, vascos y catalanes, desde las iniciativas de Cambó en 1917/19 y la Triple Alianza de 1923 a la alianza GALEUZCA en 1933-34⁴. Durante la dictadura de Primo de Rivera, los líderes catalanistas Francesc Macià y Gabriel Cardona dieron pasos en el exilio entre 1923 y 1926 para fundar una Liga de Naciones Oprimidas, aspirando a un utópico apoyo irlandés, y que se encuadraría dentro del típico mundo de alianzas más o menos fantasiosas entre los exiliados políticos de nacionalidades y los servicios secretos de diferentes países en ciudades como París, Londres, Berlín o Viena⁵. Los actores

involucrados en ese tipo de alianzas podían ser políticamente muy diversos. Como precedente paradigmático, que además se inspiraba en las esperanzas despertadas por el nacimiento de la Sociedad de Naciones, podemos mencionar el proyecto del fascista italiano Gabriele d’Annunzio para crear una Liga de Pueblos Oprimidos o *Lega di Fiume* en 1920, paralela a la SdN y que planeaba reunir desde los *fuorusciti* e irredentistas italianos de Fiume hasta nacionalistas egipcios, filipinos, irlandeses y catalanes⁶. La quijotesca iniciativa de d’Annunzio hacía un uso instrumental y estratégico de las reivindicaciones nacionalistas de otros pueblos para defender la anexión de Fiume por parte de Italia. Pero detrás de ello no existía ninguna formulación teórica acerca de la rearticulación de Europa o del mundo con base en nuevos principios que implicasen el reconocimiento de las aspiraciones nacionales insatisfechas.

FEDERALISMO, NACIONALISMO Y LA “EUROPA DE LOS PUEBLOS”

A diferencia de Europa oriental, en Europa occidental estaba presente con fuerza una tradición política recurrente a aplicar al campo de las relaciones interétnicas y la organización territorial del Estado, que hundía sus raíces en Pierre-Joseph Proudhon y Mazzini: el federalismo. En sus orígenes, el federalismo proudhoniano no era sino un principio de organización de la sociedad desde su base de manera democrática y voluntaria, de modo que colectividades libres se articulasen según su voluntad y mediante pactos en un Estado o forma superior de organización común, que con todo no descartaba el peso de los factores étnicos e históricos a la hora de

El escritor bretón Charles Le Goffic (1863-1932) propugnaba así en 1919 que el ideal de la Europa futura habría de ser una Europa de las pequeñas y «auténticas» patrias.



fijar las unidades federativas⁷. Esa fórmula fue adoptada por Mazzini, en combinación con el principio de las nacionalidades, como la receta para alcanzar una convivencia internacional armónica: una vez que las auténticas naciones hubiesen adquirido el deseado autogobierno habrían de coexistir en el futuro en paz, pues ya no habría razón para contenciosos territoriales⁸. En el plano de la organización interior del Estado, el principio federalista pasó a ser asumido como objetivo político, con distintas variantes, por varios movimientos etnonacionalistas que surgieron a finales del siglo XIX, desde el catalanismo o el galleguismo al *Félibrige* occitano. Este último, bajo la inspiración de su líder carismático, el escritor Frédéric Mistral (1830-1914), propugnaba una reordenación interior del territorio francés en la que se combinaban provincias o regiones étnicas y administrativas, pero que en todo caso debía implicar un respeto a la lengua y tradiciones culturales de las nacionalidades. De ese federalismo interior se pasaría a la federación internacional.

La fórmula federal era asumible por muy distintos protagonistas, y podía adoptar diversas gradaciones. El movimiento regionalista francés, articulado en la *Fédération Régionaliste Française* [FRF] de Jean Charles-Brun (1870-1946), defendía así en su programa algunas fórmulas de autonomía local o regional a nivel político a comienzos del siglo XX⁹. Pero, a la vez, de él surgían ideas y estímulos que impregnaban las reivindicaciones, en un principio de naturaleza cultural, de los diversos movimientos nacionalistas periféricos también asociados a la FRF, como la *Union Régionaliste Bretonne*. Algunos círculos regionalistas agrupados en la *Société Proudhon* avanzaron en 1919-20 la idea de una reordenación internacional del continente con base en demarcaciones étnicas “auténticas”, y no en las fronteras de los Estados existentes. Era una propuesta que pretendía llevar a sus últimas consecuencias los postulados idealistas —la defensa del principio de las nacionalidades— difundidos durante la 1ª Guerra Mundial por los contendientes como arma de propaganda, y que sólo en

El federalismo no-conformista y “revolucionario” se declaraba neutral en el eje izquierda-derecha, y en su búsqueda de una alternativa al Estado liberal cayó en algunos momentos en una cierta fascinación por algunos aspectos del fascismo y su oposición a la “comedia” del parlamentarismo.

parte fueron aplicados en Versalles¹⁰. El escritor bretón Charles Le Goffic (1863-1932) propugnaba así en 1919 que el ideal de la Europa futura habría de ser una Europa de las pequeñas y «auténticas» patrias¹¹. Ahí surgió una división de los regionalistas franceses —hasta entonces mayoritariamente partidarios de una simple descentralización administrativa— entre un sector “tradicional”, que siguió fiel al legado de Charles-Brun y la FRF y publicó el órgano *L’Action Régionaliste*, y una rama “federalista” disidente, cuya mejor expresión fue el antiguo socialista y sindicalista Eugène Poitevin y su revista *Le Fédéraliste*, que desde 1921 se convirtió en una tribuna de diálogo y apertura del federalismo proudhoniano hacia los nuevos principios avanzados por los nacionalistas bretones y corsos.

La FRF, un grupo de presión que pretendía influir de modo transversal en los partidos políticos franceses a favor de la adopción de su programa descentralizador, desarrolló en los años siguientes a la Gran Guerra una gran actividad propagandística, apoyada por ejemplo desde el Parlamento francés por el diputado radical Jean Hennessy. Esa actividad coincidía con la cierta expansión tras el conflicto de un regionalismo “económico”, que proyectaba la división de Francia en unidades administrativas regionales que se suponía —como la guerra había demostrado— que serían más eficaces desde un punto de vista administrativo y funcional. Sin embargo, esta corriente federalista, además de pecar de falta de articulación interna, era incapaz de llegar a una síntesis entre las reivindicaciones etnonacionalistas en Bretaña u Occitania y el principio federal. La existencia del Estado nacional tampoco era puesta en cuestión¹².

Lo mismo se podría afirmar de las corrientes más radicales del federalismo durante los años treinta, precursores directos del europeísmo federal de la década de 1950, especialmente la corriente del personalismo no-conformista, seguidor del “principio de subsidiaridad” y del llamado federalismo integral, que cuestionaba la intangibilidad del Estado-nación y asociaba el principio federal a

descentralización y sindicalismo¹³. Nucleados alrededor de la revista *Esprit* de Emmanuel Mounier desde 1930, en algunos de sus integrantes —por ejemplo, el católico de izquierda y prodhouniano Alexandre Marc (1904-2000), una de las figuras principales del movimiento federalista europeo de postguerra— se dieron tímidos pasos teóricos hacia la conciliación de un todavía confuso regionalismo étnico con el principio federal a escala europea¹⁴. Igualmente, en el núcleo federalista y europeísta agrupado alrededor de la revista *L'Ordre Nouveau* figuraba uno de los primeros abanderados del ideal de la “Europa de los Pueblos”, el filósofo suizo Denis de Rougemont (1906-1985). El federalismo no-conformista y “revolucionario” se declaraba neutral en el eje izquierda-derecha, y en su búsqueda de una alternativa al Estado liberal cayó en algunos momentos en una cierta fascinación por algunos aspectos del fascismo y su oposición a la “comedia” del parlamentarismo. Pretendía reactualizar el corporativismo a través de un regionalismo de inspiración maurrasiana, impregnado ahora de espiritualismo individualista, que habría de llevar a una “Europa de las patrias” definida de modo bastante vago¹⁵. Ambos tipos de federalismo —el clásico *hamiltoniano* y descentralizador-administrativo, y el “revolucionario”, que también tenía en cuenta los elementos de índole orgánico-historicista a la hora de definir las unidades territoriales a federar— podían combinarse en aparente armonía apelando a las comunes bases teóricas de Proudhon. Y, asimismo, en alguna de sus manifestaciones el federalismo integral abogaba por una federalización de Europa y del mundo cuya base constitutiva no fuesen necesariamente los Estados, sino las “regiones” y las “patrias” naturales¹⁶.

El puente teórico entre el primigenio federalismo internacionalista de la *Société Proudhon* y las concepciones europeístas de los movimientos etnonacionalistas, e incluso con la problemática europea de las minorías nacionales, fue el núcleo “federalista disidente” del *Foyer d'Études Fédéralistes*, liderado por Eugène Poitevin desde 1919, que editó desde 1921 la modesta revista *Le Fédéraliste*. Este órgano se situaba en la frontera de ciertos grupos sindicalistas revolucionarios (*L'Homme réel*, *Révolution prolétarienne*, *Combat syndicaliste*), y en sus páginas colaboraron federalistas occitanos como Charles Camproux, Jean Lesaffre y François Jean-Desthieux, y nacionalis-

tas bretones¹⁷. Poitevin defendía en primer lugar la reordenación territorial de Francia en sentido federal, con base en las nacionalidades existentes en su interior, que en un estadio posterior debía unirse a una Federación Europea en la que los derechos de las nacionalidades hallasen un reconocimiento satisfactorio. La SdN era considerada como el primer paso para esa federación. Así, se conjugaba el wilsonismo nacionalitario pro-SdN que se había propagando entre varios movimientos nacionalistas de Europa Occidental durante la Guerra Mundial con los principios federalistas. En febrero de 1936, el *Foyer d'Études Fédéralistes* publicó un número de una efímera revista mensual titulada *Les Patries de France*¹⁸.

El federalismo era contemplado como una solución al problema de las nacionalidades a escala europea. Pero también implicaba una fórmula de autonomía territorial, aplicable a nacionalidades *compactas*, a diferencia de la fórmula de la autonomía cultural y el Estado anacional, propugnado como fórmula ideal por el movimiento nacionalitario centroeuropeo para áreas de poblamiento étnico mixto y entremezclado como Europa oriental. Fue el nacionalismo bretón el que más intentó profundizar en la dimensión internacionalista de su concepción federalista para el interior de Francia, lo que fue realizado no sin tensiones con los sectores más panceltistas dentro del movimiento bretón o *Emsav*.

Desde principios de la década de 1920, el órgano principal del nacionalismo bretón, el semanario *Breiz Atao*, mostró un notable interés por situar la reivindicación bretona dentro de un universo de “naciones en lucha”, de modo semejante a como lo había hecho en Cataluña Antoni Rovira i Virgili o en Euskadi Luis de Eleizalde. Un primer objeto de atención fueron las estrategias políticas de los movimientos nacionalistas triunfantes, desde la India hasta Letonia, además del papel preponderante atribuido a Irlanda¹⁹. El interés por los movimientos nacionalistas exitosos se conjugaba con los intentos de establecer una relación y coordinación con otros movimientos nacionalistas de Europa Occidental, estimulados además por los contactos que ya existían entre *Breiz Atao* y el nacionalismo flamenco. En 1925 el arquitecto y *brétonnant* federalista Morvan Marchal (1900-1963) lanzó la

propuesta de constitución de un Comité Internacional de Minorías Nacionales que integrase a los movimientos flamenco, corso, escocés, galés y vasco, con el fin de formar una suerte de “internacional” de los oprimidos, «verdadero sindicato de las naciones pobres, de los pueblos sometidos, aniquilados»²⁰. Los argumentos de Marchal eran todavía confusos, y no incluían un acercamiento al paraguas protector de la SdN. El líder bretón definió su propuesta unos meses más tarde: el programa de una entente de nacionalidades habría de ser el federalismo internacional, único sistema de organización política que instauraría una era de libertad y paz basada en el respeto a las nacionalidades²¹. La orientación federalizante del bretonismo se acentuó tras la incorporación en 1926 del músico y escritor Maurice Duhamel (1884-1940), quien provenía de la vertiente más izquierdista del movimiento bretón. *Breiz Atao* adoptó desde junio de ese año en su cabecera el lema «la revista mensual del nacionalismo bretón y del federalismo internacional»²².

labores, ya que el Ministerio Alemán de Exteriores no deseaba complicaciones en sus relaciones con Francia, al igual que tampoco lo fueron los bretones, pese a asistir a los congresos de nacionalidades de Ginebra como observadores²³. Existían además reticencias teóricas por parte del CNE a aceptar nacionalidades consideradas *dudosas* y todavía en proceso de consolidación, que deberían “evolucionar” en su proceso de concienciación social, política y cultural para ser admitidos en un futuro²⁴.

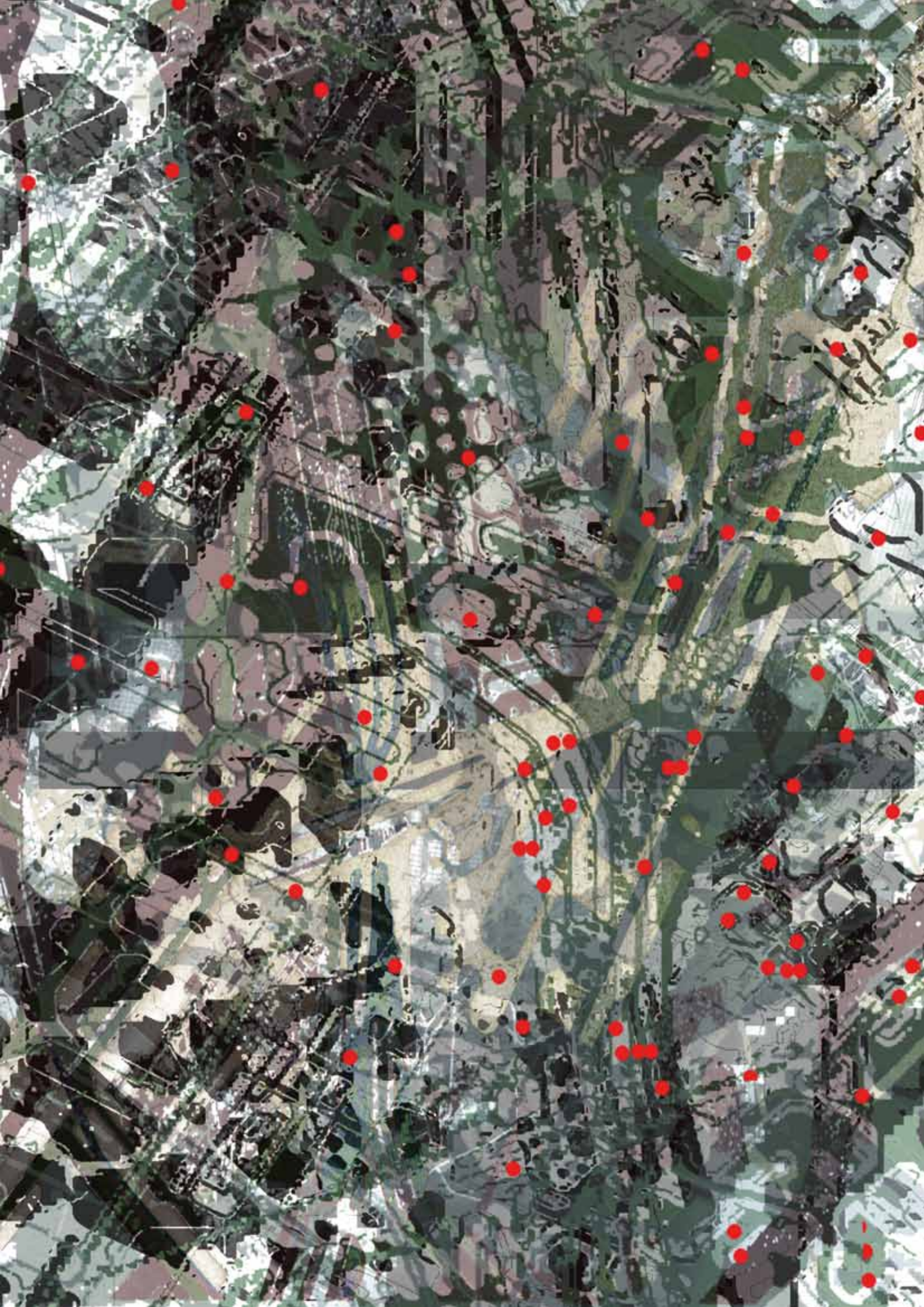
Bretones y alsacianos tomaron entonces otra iniciativa. Tras el congreso del *Parti Autonomiste Breton* (PAB) en Rosporden en 1927, al que asistieron representantes alsacianos, flamencos, corsos, galeses y escoceses, tuvo lugar en septiembre del mismo año la fundación en Quimper del Comité Central de las Minorías Nacionales de Francia [*Comité Central des Minorités Nationales de France*, CCMNF]. En él participaban el Partido Autonomista Corso [*Partitu Corsu Autonomista*, PCA], el PAB y el ELAP²⁵. En el acto estaban tam-

El federalismo era contemplado como una solución al problema de las nacionalidades a escala europea. Pero también implicaba una fórmula de autonomía territorial, aplicable a nacionalidades *compactas*, a diferencia de la fórmula de la autonomía cultural y el Estado anacional, propugnado como fórmula ideal por el movimiento nacionalitario centroeuropeo para áreas de poblamiento étnico mixto y entremezclado como Europa oriental.

Los acontecimientos que tuvieron lugar en Alsacia en 1926 llevaron a los diferentes nacionalismos minoritarios del Estado francés a buscar fórmulas más efectivas de coordinación común. La represión de las autoridades francesas contra los autonomistas, que instigaban la agitación popular contra las medidas de laicización del Gobierno de París, marcó el inicio de la aproximación entre los diferentes movimientos nacionalistas del Hexágono, acentuado tras el proceso contra varios dirigentes y militantes del Partido Autonomista de Alsacia y Lorena [*Elsaß-Lothringisch Autonomisten Partei*, ELAP] que tuvo lugar en Colmar en mayo de 1928. También tuvieron influencia algunos factores externos. Los autonomistas alsacianos, pese a haber mostrado una disposición favorable a participar en el CNE, no fueron invitados a tomar parte en sus

bién representados los nacionalistas flamencos, así como Eugène Poitevin. Como expresaba el manifiesto fundacional del Comité, las ideas que lo inspiraban eran de pura raigambre occidental, a saber: la afirmación del federalismo como solución al problema nacional.

La doctrina a la que recurre el CCMNF se basa en el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos y en el federalismo internacional. A los Estados modernos, basados en la fuerza [...] deseamos contraponer una federación de los pueblos, en la que cada nacionalidad podrá determinar su propio estatuto político y perseguir su desarrollo cultural según sus tradiciones y sus tendencias, pero cuya unidad económica será asegurada por la supresión de las aduanas y la práctica del libre



comercio, pareciéndole esta concepción la única que puede dar a los pueblos los dos bienes esenciales: la libertad y la paz²⁶.

El CCMNF comenzó a publicar un boletín de información y estableció una sede provisional que serviría de coordinación entre los tres movimientos nacionalistas signatarios del acuerdo fundacional. Ni occitanistas, ni los débiles grupos catalanistas y nacionalistas vascos de Francia se adhirieron al Comité, que estaba sostenido por el activismo intelectual de los bretones y por los votos obtenidos por los autonomistas alsacianos en las elecciones legislativas de 1928. Con ocasión del proceso de Colmar, el Comité desarrolló una activa labor de propaganda que hizo recaer sobre él las sospechas de estar sostenido por el dinero de Berlín. Algunos indicios permiten suponer que una organización revisionista que agrupaba los intereses de los “alemanes étnicos” ahora devenidos ciudadanos de otros Estados, la *Deutscher Schutz-bund*, se hallaría detrás de la iniciativa, a través fundamentalmente de las relaciones existentes entre los comités de exiliados alsacianos en Alemania del exiliado Robert Ernst y el movimiento autonomista en Alsacia²⁷. El CCMNF aspiraba a convertirse en el interlocutor del movimiento de las nacionalidades centroeuropeas, y ya en 1928 delegó a Duhamel y al diputado autonomista alsaciano Dahlet al IV Congreso de Minorías Nacionales de Ginebra, siendo acogidos en calidad de observadores. Pero su ingreso continuó denegándose, pese al interés de los círculos intelectuales alemanes interesados en la cuestión de las nacionalidades por el nacionalismo bretón y por Alsacia, considerada una parte más de la germanidad irredenta²⁸. Tampoco los nacionalistas flamencos y valones fueron aceptados en 1930 como integrantes del CNE²⁹. El frecuente interés intelectual y etnográfico por los movimientos nacionalistas flamenco, bretón o escocés por parte de los círculos revisionistas alemanes no se traducía en reconocimiento político³⁰.

El PAB, bajo la dirección de Duhamel, reafirmaba con su impulso del CCMNF su opción por una reordenación del continente europeo con base en la federación de las patrias *naturales*, desde una perspectiva igualitaria y democrática. Así se afirmaba en la Declaración de Châteaulin, aprobada por el II Congreso del PAB en agosto de 1928:

“Creemos que Europa está destinada a constituir, más tarde o más temprano, una unidad económica [...] Pero estimamos [...] que ésta no se hará por los grandes Estados, cuyo papel histórico habrá acabado, sino por las nacionalidades de las que aquéllos se componen agrupadas según sus afinidades étnicas, lingüísticas y culturales. En ese momento, las verdaderas comunidades nacionales podrán recuperar una independencia que solamente limitarán las necesidades de la federación, y pensamos que Bretaña será una de las células de ese nuevo organismo”³¹.

Semejantes concepciones anidaban en el partido nacionalista corso fundado en 1922 (*Partitu Corsu d’Azione*, después *Partitu Corsu Autonomista*, PCA), que en 1932 se hacía eco, en un manifiesto difundido en la prensa de Córcega, de su posición a favor de una aplicación progresiva del federalismo, «para defender la reorganización de Europa mediante la federación de las naciones y no de los Estados»³².

Duhamel expuso de manera pormenorizada sus teorías internacionalistas en su libro *La cuestión bretona en su contexto europeo*, publicado en 1929. En él reafirmaba su bretonismo autonomista y federalista, pero diferenciaba claramente los conceptos “descentralización” y “regionalismo”, considerando el segundo como el reconocimiento de los derechos de las minorías nacionales dentro de un Estado a ver reconocida su especificidad cultural. Propugnaba para Bretaña una autonomía política y administrativa comparable a la de los cantones suizos. Duhamel usaba el término “minoría nacional” como equivalente a nacionalidad, refiriéndose claramente a las definiciones de los Tratados de Minorías. Pero llevaba su reivindicación más lejos. Para el bretón, la Europa de posguerra asistía a dos fenómenos paralelos: por un lado, la aparición de organizaciones internacionales que condicionaban las relaciones entre Estados, y por otro lado un «despertar de las nacionalidades» que proclamaba el principio de autodeterminación de los pueblos. Las reivindicaciones de las nacionalidades debían adaptarse a la corriente internacionalista, cuyo espíritu más puro habían sido las declaraciones del presidente norteamericano Wilson años atrás. La SdN era una “adulteración” de los principios wilsonianos, al igual que los Tratados de Versalles; pero era la institución de la que tendría que surgir la futura federación europea, a partir de una cesión

previa de soberanía interior por parte de los Estados integrantes. Así se conciliarían los derechos de los pueblos con la internacionalización de la vida económica y social:

“Primera etapa, pues, el federalismo interior, al estilo suizo o alemán. Y cuando los últimos Estados unitarios de hoy se habrán plegado al régimen federal, cuando la autonomía les habrá privado de toda veleidad, de toda posibilidad de imperialismo, entonces será realizable el federalismo internacional, al estilo americano. [...]”

¿En qué se convertirán los Estados en la Federación Europea? Si en algún modo permanecen en pié, persistirán bajo la forma debilitada e inofensiva que las circunstancias les habrán impuesto [...] Se puede creer que la Europa federal despedazará parcialmente los Estados actuales; pero según los límites, esta vez lógicos, de las verdaderas comunidades nacionales³³.

La posición federalista a ultranza de Duhamel fue motivo de fricción con el “ala dura” del PAB, encabezada por Olier Mordrel (1901-1985). Esta tendencia, defensora de un nacionalismo integral orientado hacia el panceltismo, predicaba, al igual que el *Sinn Féin* irlandés, la necesidad de la violencia para “despertar” la Bretaña de su letargo. Ya en el Congreso extraordinario de Rennes (abril 1931), ambas visiones se confrontaron, agravadas por el fracaso electoral de 1930. Al poco tiempo, en el congreso de Guingamp (agosto de 1931) se produjo la ruptura definitiva. Por un lado surgió el *Parti National Breton* de Mordrel (PNB), partidario de un nacionalismo integral y neutro en la cuestión social, pero con ribetes cada vez más autoritarios, y asimismo inclinado hacia la acción de minorías decididas a la irlandesa. Y por otro lado se reagrupó la fracción “federalista” de Duhamel, inclinada hacia la izquierda, con el nombre de *Ligue Fédéraliste de Bretagne* [LFB], que tuvo una breve vida organizativa³⁴.

El CCMNF entró en una fase de inactividad hasta 1932, cuando la LFB lanzó un llamamiento

a reanimar la coordinación con otras nacionalidades de Francia, respondiendo esta vez los federalistas occitanos y el PCA³⁵. Pero esta resurrección fue efímera, debido a la debilidad organizativa de la LFB, y a que los autonomistas alsacianos, el verdadero motor organizativo de la alianza, ya mostraban escaso interés en ella y dirigían sus ojos hacia la *nueva* Alemania. El federalismo europeísta de Duhamel tuvo continuadores en la década de 1930, sobre todo, por los núcleos occitanistas de izquierda que eran activos en Marsella, Toulouse y Montpellier bajo el influjo de la izquierda catalanista³⁶.

El federalismo europeísta de Duhamel tuvo continuadores en la década de 1930, sobre todo, por los núcleos occitanistas de izquierda que eran activos en Marsella, Toulouse y Montpellier bajo el influjo de la izquierda catalanista.

Entretanto, fue particularmente la revista editada por Poitevin *Le Fédéraliste* la que mantuvo la bandera del federalismo nacionalitario. El compromiso federal, progresista y pro-nacionalitario de Poitevin era patente en su tejido de relaciones políticas, que abarcaba desde la LFB hasta los catalanistas de izquierda, pasando por los núcleos occitanistas y los europeístas de *L'Esprit*. La posición más original de Poitevin, sin embargo, era su sindicalismo de pura raíz proudhoniana, que él concebía como complemento ideal del federalismo basado en unidades étnicas:

«Toda la economía a los sindicatos, toda la administración social a los municipios»³⁷. Esas concepciones estaban teñidas igualmente de corporativismo, como rezaban los estatutos de la asociación *L'Ordre Nouveau*: antiimperialismo, federalismo que «no separa a la región, por lo tanto, de la actividad corporativa», y defensa de la corporación, «a la vez una institución descentralizadora, por lo tanto antiestatista, y un medio de reglamentar la producción teniendo en cuenta la naturaleza misma del trabajo y las necesidades de consumo»³⁸.

Esa defensa del sindicalismo-corporativismo, combinado con un cierto carácter vanguardista, llevaba a Poitevin a mantener relaciones variopintas: desde el movimiento anarquizante italiano *Giustizia e Libertà*, hasta el intelectual pancatalanista J. V. Foix. No por ello cayó *Le Fédéraliste* en



una deriva fascista. Poitevin era beligerante con el PNB, con los nacionalistas flamencos profascistas o con los autonomistas corsos que simpatizaban con la Italia fascista. Para *Le Fédéraliste*, sólo una Europa federalizada podría consagrar el respeto a las nacionalidades y a su especificidad cultural, y a la vez superar la amenaza totalitaria que se cernía sobre el continente³⁹. A las concepciones de etnicismo jerárquico, caras a los sectores de la derecha *völkisch* alemana, que aspiraban a reordenar el Continente con base en fronteras étnicas *objetivas*, los federalistas contraponían el ejemplo del acercamiento entre catalanistas y occitanistas, quienes aspiraban a crear una suerte de federación interregional por encima de las divisiones entre Estados⁴⁰. El contacto entre las concepciones proudhonianas y los criterios orgánico-historicistas de definición de las patrias *naturales* se puso de manifiesto con ocasión de la encuesta llevada a cabo entre representantes de diversas minorías nacionales francesas sobre los principios fundadores de la futura federación, y la combinación de criterios administrativos y políticos que la fundamentarían⁴¹. El elenco de respuestas comprendía desde los autonomistas alsacianos, bretones y de Iparralde hasta los grupos federalistas y sindicalistas de París *XXème siècle*, *Front National Syndicaliste*, *Esprit*, *L'Ordre Nouveau*, *L'Homme Réel*, el grupo *Prélude* de Hubet Lagardelle, y *Le Combat Syndicaliste*. El difícil equilibrio que algunos de esos grupos neo-proudhonianos mantenía con el fascismo (sobre todo, el grupo de *Prélude*), no obstaba para que *Le Fédéraliste* se mantuviese fiel a los principios democráticos del federalismo y se opusiese al auge de las potencias fascistas, así como a la *Action Française*⁴².

Para los parisinos no habría gran diferencia entre Europa oriental y occidental. Como consecuencia lógica del principio de las nacionalidades, cada nación o grupo étnico compacto debía alcanzar una autonomía territorial combinada con la federación a nivel estatal y europeo. La cuestión de las minorías nacionales en Europa Oriental no se con-

“Si, tras la Gran Guerra, se ha considerado indispensable reconocer derechos especiales a las minorías nacionales de todos los nuevos Estados... Este sentimiento de una justicia y equidad elementales, ¿no exige a los Estados que han impuesto esta exigencia a otros que también la reconozcan dentro de sus territorios?”

templaba como un fenómeno distinto que requería soluciones específicas, sino que se asimilaban automáticamente ambas realidades mediante el uso de una terminología común. Uno de los escritos más reivindicativos del nacionalismo occitano de los años treinta lleva por título *Occitania, minoría francesa*⁴³, y denunciaba que el Estado francés se hubiese comprometido a garantizar en los Tratados de Versalles derechos culturales y lingüísticos que no respetaba en su territorio. Igualmente, un reconocido jurista especializado en la formulación del principio de las nacionalidades y en el análisis de los derechos de las minorías nacionales tras 1918, Louis E. Le Fur (1870-1943), argüía en 1937 que el Estado francés estaba obligado a reconocer esos mismos derechos a Bretaña:

“Si, tras la Gran Guerra, se ha considerado indispensable reconocer derechos especiales a las minorías nacionales de todos los nuevos Estados... Este sentimiento de una justicia y equidad elementales, ¿no exige a los Estados que han impuesto esta exigencia a otros que también la reconozcan dentro de sus territorios?”⁴⁴

Los principios de la SdN y de los Tratados de Minorías eran mecánicamente repetidos por los nacionalistas corsos, por ejemplo, como arma dialéctica, al igual que por el CCMNF había manifestado en 1930 como respuesta al Memorandum Briand de unión europea⁴⁵. Por el contrario, desde otros movimientos nacionalistas se señalaban precisamente las diferencias entre las minorías nacionales de Europa del Este y las nacionalidades de la mitad occidental del continente. Por ejemplo, el intelectual nacionalista flamenco G. Schamelhout advertía en sus escritos sobre las diferencias que existían entre las nacionalidades “homogéneas” de Europa occidental y las dispersas de Europa Centro-oriental⁴⁶. El movimiento nacionalista galés, a la inversa, mostró un interés mucho menor por la cuestión de las minorías étnicas en Centroeuropa, aunque sí desarrolló de forma temprana una fuerte orientación internacionalista, también ba-

sada en la prédica del federalismo internacional y de las virtudes del modelo asociativo flexible del Imperio británico, donde Gales podría optar a un status similar al de Canadá o Nueva Zelanda⁴⁷. A la inversa, en las publicaciones de la derecha *völkisch* alemana, y particularmente entre los círculos interesados en la internacionalización de la cuestión de las minorías nacionales, las reivindicaciones flamenca o galesa mostraban cómo en Europa occidental también existían problemas de *minorías* análogos a los de Transilvania o Polonia⁴⁸.

Por ello, una iniciativa pan-nacionalitaria en Occidente debía adquirir una dirección propia y autónoma, ya que «la existencia de esos pueblos no plantea, por otro lado, los complejos problemas que surgen cuando se estudian cuestiones semejantes en Europa central y oriental. En Occidente, las fronteras étnicas y lingüísticas son, las más de las veces, muy netas»: por esa razón, una futura reordenación europea en Occidente habría de basarse simplemente en el principio de autodeterminación de los pueblos⁵⁰.

...En Occidente, las fronteras étnicas y lingüísticas son, las más de las veces, muy netas»: por esa razón, una futura reordenación europea en Occidente habría de basarse simplemente en el principio de autodeterminación de los pueblos.

EL EUROPEÍSMO NACIONALITARIO Y PROFASCISTA DE PEUPLES ET FRONTIÈRES (1936-39)

Los sectores fascizantes del nacionalismo bretón intentaron transformar el CCMNF en un posible embrión de un Congreso de Nacionalidades Occidentales desde 1937. Como órgano de proyección “europea” del CCMNF apareció primero en junio de 1936 (como *Bulletin des Minorités Nationales*) y en formato más generoso a partir de enero de 1937 la revista *Peuples et Frontières*, alentada por el PNB pro-nazi de Olier Mordrel y Marcel Debauvais, y que probablemente contaba con subsidios procedentes de Alemania⁴⁹. Aspiraba a convertirse en un remedo de la revista de la Unión de Minorías Alemanas publicado en Viena *Nation und Staat*, pero centrada en el ámbito específico de Europa Occidental. A problemas diferentes, argumentaba la revista, correspondían soluciones distintas:

“Nunca hemos aceptado sin grandes reservas la expresión minoría nacional, cuyo aspecto esencialmente jurídico, además, estaba totalmente carente de dinamismo, porque, si bien esa definición se justifica para los alemanes de los países bálticos, o los sajones de Transilvania, diseminados entre poblaciones extranjeras, no conviene al pueblo bretón, al pueblo flamenco o al pueblo vasco, que forman verdaderas naciones, susceptibles de constituir Estados independientes”.

La orientación antimarxista y peligrosamente “neutra” en lo político del nuevo órgano, sin embargo, no ocultaba su alineación con los fascismos europeos. También mantuvo una estrecha relación con el movimiento irredentista de las minorías magiars impulsado por el Gobierno de Budapest, y en especial con el *Bureau Central des Minorités* fundado por el político magiar de Transilvania exiliado Gustave de Köver, cuyo órgano ginebrino reproducía a menudo, al menos desde 1934, artículos de nacionalistas bretones y flamencos⁵¹. En cambio, su relación con el CNE fue mucho más distante, en parte porque esta organización se negaba a aceptar un protagonismo excesivo de los nacionalismos de Europa Occidental, aparte del catalán. A finales de los años treinta se registraron en las páginas de la revista bretona duras críticas al CNE, «una asamblea de técnicos, discutiendo en lo abstracto», que parecería «más un congreso de arqueología que una asamblea real de los pueblos minoritarios»⁵².

Peuples et Frontières incluía reportajes de casi todas las nacionalidades de Europa occidental, desde los frisonos a los corsos, pasando por los escoceses y los vascos, así como de las minorías nacionales del Este. Pero sus malabarrismos conceptuales eran equívocos. Una de las secciones era denominada *Groot-Nederland*, los “Grandes Países Bajos” que englobarían a todas

las tierras de habla neerlandesa y reflejaba la visión de un sector del movimiento flamenco que aspiraba a una confederación o unión con los Países Bajos. Igualmente, prestaba una gran atención al clerical y derechista nacionalismo eslovaco de Jozef Hlinka. La revista jugaba igualmente con la idea del paneuropeísmo federalista, pero al contrario que Duhamel o Poitevin no lo consideraba como la única solución al problema de las nacionalidades. Por ejemplo, reaccionó con ambigüedad frente a una iniciativa de los nacionalistas occitanos en 1938 para formar una nueva alianza federalista de nacionalismos periféricos en Francia. Pero se mostraba de acuerdo con una unión de esfuerzos que «permitirá sin ninguna duda llegar a ciertas soluciones, al menos en lo que concierne a la defensa de los derechos culturales de cada una de las nacionalidades de Francia»⁵³.

La fragilidad de los principios democráticos de *Peuples et Frontières* se puso en evidencia en su aprobación del *Anschluss* de Austria por el III Reich en marzo de 1938, y de la partición de Checoslovaquia por parte de Alemania tras el Acuerdo de Munich de septiembre del mismo año. Justificaba así la anexión de los Sudetes por el III Reich desde el punto de vista nacionalista, por tratarse de una aplicación pura y simple del principio de las nacionalidades. Sin mencionar el tipo de régimen imperante en Alemania, criticaba a las democracias occidentales por su olvido de los derechos de las nacionalidades en su “supuesta” defensa de los derechos del hombre⁵⁴. *Peuples et Frontières* sólo asumió una ardiente defensa de los nacionalistas vascos contra los «generales españoles» tras julio de 1936, contraviniendo en ello la orientación profascista de la revista⁵⁵. Sin embargo, su posición ante el catalanismo, predominantemente izquierdista, era mucho más esquiva. La anexión de los Sudetes por la Alemania de Hitler fue interpretada por los “internacionalistas” bretones como un primer signo de lo que había de ser una futura Europa de

Como es sabido, el desarrollo de la política de ocupación nazi en Europa durante la II Guerra Mundial despejó esas ilusiones, pues su propio concepto de un Nuevo Orden europeo dejaba poco o ningún espacio a un concepto alternativo de la Europa de los Pueblos.

los pueblos libres y étnicamente homogéneos. E, igualmente, se oponía a considerar que los movimientos nacionalistas de países colonizados de Asia y Africa, atrasados y faltos aún de un estadio de civilización pudiesen ser equiparables a los nacionalismos europeos⁵⁶.

La “movilización antimilitarista” que *Peuples et Frontières* promovió desde finales de 1938 entre las nacionalidades de Europa Occidental, defendiendo una posición neutralista a ultranza, abonó aún más las sospechas de que los intereses del III Reich estuviesen detrás del órgano nacionalitario⁵⁷. Predicaba así la neutralidad del nacionalismo flamenco ante las reivindicaciones alemanas sobre Eupen-Malmedy, la campaña neutralista a ultranza que en aquel momento propugnaba el

Partido Nacional Escocés [*Scottish National Party*], o las declaraciones también favorables a la neutralidad del presidente irlandés Eamon De Valera en 1939⁵⁸.

Peuples et Frontières se consolidó a fines de 1938 como el órgano internacionalista y de vínculo e información entre varios movimientos nacionalistas de Europa Occidental, muchos de ellos ya bajo la sombra del fascismo —como el *Vlaamsch National Verbond* flamenco—, así como había establecido una relación estable con la red de publicaciones consagradas a las minorías nacionales del Este de Europa. No obstante, su relación con ellas no estaba exenta de contradicciones. Olier Mordrel clasificaba las nacionalidades europeas en varias categorías, y llegaba a la conclusión de que los problemas de las “minorías nacionales” y de las “nacionalidades minoritarias” no eran los mismos, y que además los objetivos políticos inmediatos y la fuerza de los diversos movimientos nacionalistas de las últimas (entre las que incluía a eslovacos o ucranios) imponían una solución general que no pasase por la autonomía cultural, sino por una «revolución en las instituciones políticas de Europa» que entrañase «una nueva concepción de las relaciones entre el Estado y la nacionalidad, por un lado; entre el

Estado y la vida económica, por otro; y, finalmente, entre la nacionalidad y el individuo»⁵⁹. Quizás la mejor expresión de esa crisis la constituía el hecho de que, en abril de 1939, *Peuples et Frontières* todavía justificase la invasión de Checoslovaquia por las tropas alemanas y la partición de su territorio en nombre de los derechos de los pueblos, y esperase que el III Reich fuese a respetar la autonomía de Bohemia, dando un ejemplo a las “hipócritas” potencias occidentales que no hacían lo propio en sus territorios⁶⁰.

Como es sabido, el desarrollo de la política de ocupación nazi en Europa durante la II Guerra Mundial despejó esas ilusiones, pues su propio concepto de un Nuevo Orden europeo dejaba poco o ningún espacio a un concepto alternativo de la Europa de los Pueblos. Éste resurgiría desde la década de 1950 y 1960, asociado a sus raíces primigenias, de naturaleza federalista y democrática.

NOTAS

1. Vid. X. M. Núñez Seixas, *Entre Ginebra y Berlín. La cuestión de las minorías nacionales y la política internacional en Europa, 1914-1939*, Madrid: Akal, 2001, e id., *Internacionalizant el nacionalisme. El catalanisme polític i la qüestió de les minories nacionals a Europa, 1914-1936*, Catarroja/València: Afers / PUV, 2010.
2. Por ejemplo, D. Gerdes, *Regionalismus als soziale Bewegung: Westeuropa, Frankreich, Korsika*, Frankfurt a.M./New York: Campus, 1985, pp. 114-18, y M. Schulz, *Regionalismus und die Gestaltung Europas*, Hamburgo: Kraemer, 1993, pp. 103-08.
3. Vid. R. Cunsolo, *Italian Nationalism: From its Origins to World War II*, Malabar: Robert E. Krieger, 1990, pp. 18-19 y 58-60. Una buena plasmación de ese internacionalismo mazziniano fue la participación de voluntarios serbios, albaneses, rutenos, húngaros y polacos en la expedición de Garibaldi a la conquista del Sur de Italia en 1860.
4. Vid. entre otros X. Estévez, *De la Triple Alianza al Pacto de San Sebastián, 1923-1930*, Donostia: Mundaiz, 1991; id., *Galeuzca: La rebelión de la periferia (1923-1998)*, Madrid: Entimema, 2009, y J. L. de la Granja, *El siglo de Euskadi. El nacionalismo vasco en la España en el siglo XX*, Madrid: Tecnos, 2003, pp. 77-106.
5. Un interesante análisis de estos ambientes de exiliados nacionalistas para el caso de Viena en S. Troebst, «Wien als Zentrum der mazedonischen Emigration in den Zwanziger Jahren», *Mitteilungen des bulgarischen Forschungsinstituts in Österreich*, II:2 (1979), 68-86.
6. Vid. M. Ledeen, *The First Duce. D'Annunzio at Fiume*, Baltimore/Londres: Johns Hopkins UP, 1977, pp. 176-86, y L. Kochnitjky, *La Quinta Stagione o i Centauri di Fiume*, Bolonia: Zanichelli, 1922, pp. 141-68. El proyecto tuvo vigencia durante algunos meses, contando con la colaboración de los nacionalistas egipcios, irlandeses e incluso dálmatas. También mantenía contactos con exiliados húngaros, croatas, albaneses, flamencos y turcos.
7. Vid. el clásico B. Veyenne, *Histoire de l'idée fédéraliste. Vol.II. Le fédéralisme de P.J. Proudhon*, Niza: Presses d'Europe, 1975.
8. M. Howard, «Ideology and International Relations», *Review of International Studies*, 15 (1989), pp. 1-10.
9. Vid. T. Flory, *Le mouvement régionaliste français. Sources et développements*, Paris: PUF, 1966, pp. 27-28, y J. Wright, *The Regionalist Movement in France 1890-1914: Jean Charles-Brun and French Political Thought*, Oxford / Nueva York: Oxford UP, 2003.
10. Vid. C. Pegg, *Evolution of the European Idea, 1919-1932*, Chapel Hill: Univ. of California Press, 1983, p. 12.
11. Ch. Le Goffic, prólogo a F. Jean-Desthieux, *L'évolution régionaliste. Du Félibrige au fédéralisme*, Paris: Ed. Bossard, 1918.
12. J.-Y. Guiomar, *Rélations entre les mouvements autonomistes, régionalistes et fédéralistes et les partis de la gauche française, 1919-1939*, Tesis de licenciatura, Université de Paris I, 1968, p. 147.
13. Vid. R. Sparwasser, *Zentralismus, Dezentralisation, Regionalismus und Föderalismus in Frankreich. Eine institutionen-, theorien- und ideengeschichtliche Darstellung*, Berlín: Duncker & Humblot, 1986, pp. 119-69.
14. Vid. p.ej. A. Marc y R. Dupuis, «Le fédéralisme révolutionnaire», *L'Esprit*, 2, noviembre 1932. Cf. de los mismos autores *Jeune Europe*, Paris: Plon, 1933.
15. Sparwasser, *Zentralismus*, pp. 119-20; E. González Calleja, «Los intelectuales filofascistas y la “Defensa de Occidente” (Un ejemplo de la “crisis de la conciencia europea” en Italia, Francia y España durante el período de entreguerras)», *Revista de Estudios Políticos*, 81 (1993), pp. 129-74 (sobre todo, pp. 151-57).
16. Vid. por ejemplo el volumen *L'Europe fédéraliste. Aspirations et réalités*, Paris: Marcel Giard, 1927, con contribuciones del federalista Eugène Poitevin, Charles Brun, el antiguo primer ministro italiano y exiliado en Suiza Francesco Nitti, Jean Hennessy, el nacionalista occitano Jean Bonnafous, el flamenco Van der Ghinst, etc.
17. Guiomar, *Rélations*, p. 171. Entre sus animadores figuraban también M. Peguy, el bretón R. Audic, el occitano J. Roumanes y el vasco continental Eugène Goyheneche.
18. Vid. J. C. Larronde, *El movimiento eskualeerrista (1932-1937)*, Bilbao: Fundación Sabino Arana, 1994, 188-89.
19. Vid. por ejemplo J. La Bénélais, «Le Réveil tunisien», [B]reiz [A]tao, 31, julio 1921; «Le Réveil et le Triomphe de la nation lettone», BA, 37, 15.1.1922.
20. M. Marchal, «Pour une politique internationale des minorités», BA, 75, marzo 1925, pp. 536-37.
21. M. Marchal, «La paix», BA, 78, junio 1925, pp. 572-73.
22. A. Déniel, *Le mouvement breton, 1919-1945*, Paris: Maspero, 1976, p. 75; M. Nicolas, *Histoire de la revendication bretonne*, Spézet: Coop Breizh, 2007.
23. Vid. por ejemplo el informe del cónsul alemán sobre el IV Congreso de Nacionalidades Europeas, Ginebra, 1.9.1928 ([P]olitiches [A]rchiv des [A]uswärtigen [A]mtes, Berlín, R.60469).



24. Vid. O. Junghann, *Die nationale Minderheit*, Berlín: Zentralverlag GmbH, 1931, 47-48, y la carta del presidente del CNE, Josip Vilfan, a un nacionalista bretón no identificado, Trieste, 29.10.1927 ([B]undesarchiv [K]oblenz – [A]rchivo [J]osip [V]ilfan).
25. Vid. O. Mordrel, *Breiz Atao ou histoire et actualité du nationalisme breton*, París: A. Moreau, 1973, p. 129; M. Duhamel, *Le Fédéralisme international et le réveil des nationalités. Suivi d'un extrait des Statuts du Comité Central des Minorités Nationales de France*, Rennes: Éditions du P.A.B., 1928.
26. *Manifeste du C.C.M.N.F.*, citado por Déniel, *Mouvement breton*, p. 92.
27. L. Kettenacker, *Nationalsozialistische Volkstumspolitik in Elsaß*, Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1973, p. 25; Déniel, *Mouvement breton*, pp. 94-95; H. Rothenberger, *Die Elsass-lothringische Heimat- und Autonomiebewegung zwischen den beiden Weltkriegen*, Frankfurt a. M.: Peter Lang, 1976.
28. Carta de E. Ammende a J. Vilfan, Viena, 9.2.1929 (BK-AJV).
29. Informe del cónsul alemán, Ginebra, 10.9.1930 (PAAA R.60528).
30. Vid. por ejemplo M. H. Boehm, *Europa Irredenta. Eine Einführung in das Nationalitätenproblem der Gegenwart*, Berlín, R. Hobbing, 1923; K. Trampler y K. Haushofer (eds.), *Deutschlands Weg an der Zeitenwende*, Munich, H. Hugendubel Verlag, 1931, pp. 236-37, donde se sitúan en un mapa geopolítico las diferentes minorías nacionales de Europa, incluyendo también a bretones, catalanes, vascos y gallegos. Igualmente, vid. K. Trampler (ed.), *Die Krise des Nationalstaates*, Munich, Verlag Hirth, 1931. Este autor consideraba que la superación de los problemas nacionales de Europa sería posible únicamente mediante una combinación, un tanto indefinida, de «autonomía cultural» y federalismo, llegando así a una «Federación Cultural Europea».
31. Citado por Déniel, *Mouvement breton*, p. 81.
32. Vid. H. Yvia-Croce, *Vingt années de corsisme (1920-1939). Chronique corse de l'entre-deux-guerres*, Ajaccio: Ed. Myrnos et Méditerranée, 1979, p. 302. Sobre el desarrollo del nacionalismo corso en este período, vid. F. Pomponi, «Le régionalisme en Corse dans l'entre-deux-guerres (1919-1939)», en C. Gras y C. Livet (eds.), *Régions et régionalisme en France, du XVIIIème siècle à nos jours*, París: PUF, 1977, 393-415, y A. Leca, «“A Muvra” ou le procès de la France par les autonomistes corses (1920-1939)», en VV.AA., *L'Europe entre deux tempéraments politiques: idéal d'unité et particularismes régionaux*, Aix-en-Provence: Presses Univ. d'Aix-Marseille, 1994, pp. 525-44.
33. M. Duhamel, *La Question Bretonne dans son cadre européen*, Quimper: Ed. Nature et Bretagne, 1978 [1929], pp. 150-51.
34. J. Saint-Pierre, «Breiz Atao, le second mouvement breton. De l'autonomisme à la collaboration (1919-1945)», en VV.AA., *L'Europe entre deux tempéraments*, pp. 511-23.
35. Yvia-Croce, *Vingt années*, pp. 340-41.
36. Guiomar, *Rélatios*, pp. 45-60. Entre ellos destacaba el grupo marsellés de L'Araire, y su sucesor en 1935, el pequeño *Parti Fédéraliste Provençal*.
37. «9 mars 1934», [L]e [F]édéraliste, 1 (18), 1934.
38. LF, 4 (27), 1933, pp. 11-13.
39. Vid. E. Berth, «Totalitarisme ou Fédéralisme», LF, 2 (41), 1937, y 3 (42), 1937. Igualmente, criticaría las propuestas de Jean-Desthieux en 1937, relativas a una «federación de pueblos mediterráneos», por considerar que detrás de esa idea se hallaba la sombra peligrosa de las propuestas anteriores de Charles Maurras (LF, 2 (37), 1936).
40. Vid. p. ej. LF, 1 (28), 1934. Poitevin mantuvo un estrecho contacto con los foyers occitanistas y las revistas de tendencia pancatalanista en contacto con la *Oficina de Relacions Meridionals* de la Generalitat de Catalunya.
41. «Province et Révolution. Enquête», LF, 2 (29), 1934.
42. «Rapprochements», LF, 2 (25), Abril-junio 1933.
43. M. Larrières, *L'Occitanie, minorité française*, Narbona: Occitania ed., 1933.
44. L. Le Fur, *Les Droits et les Devoirs de la France vis-à-vis de la Bretagne*, s.l.: Ed. par le Bleun Brug, 1937, p. 3.
45. Yvia-Croce, *Vingt années*, pp. 328-32.
46. Schulz, *Regionalismus*, pp. 117-19; G. Schamelhout, «De Staatenbond en de ethnische minderheden», en id., *Ethnische vraagstukken en verzamelde toespraken*, Amberes: Schamelhout-Huldecomité, 1939, p. 36.
47. Vid. K. Diekmann, *Die nationalistische Bewegung in Wales*, Paderborn: Schöningh, 1998, p. 249; H. Davies, *The Welsh Nationalist Party, 1925-1945: A Call to Nationhood*, Cardiff: University of Wales Press, 1983, pp. 106-08, y R. Wyn-Jones, «From Utopia to Reality: Plaid Cymru and Europe», *Nations and Nationalism*, 15:1 (2009), pp. 129-47.
48. Vid. ejemplos en Núñez Seixas, *Entre Ginebra*, pp. 270-71; H. Fiebigler, «Entwicklung und gegenwärtiger Stand der Sprachenfrage in Wales», en O. Junghann y M.-H. Boehm (eds.), *Ethnopolitische Almanach. Ein Führer durch die europäische Nationalitätenbewegung*, Viena / Leipzig: Braumüller, 1931, pp. 62-67.
49. Mordrel, *Breiz Atao*, p. 208, y Larronde, *Movimiento eskuallerrista*, 189-90. La financiación del Gobierno alemán llegaría a través de la organización científico-arqueológica *Ahnenerbe* de las SS (G. Héraud, *Contre les États, les régions d'Europe*, Niza: Presses d'Europe, 1973, p. 101). Algunos integrantes de *Ahnenerbe* (como Friedrich Hielschers) predicaban la vuelta a los auténticos “grupos étnicos” definidos por la Historia, con el fin de articular una nueva Europa sobre las ruinas de los Estados nacionales (vid. M. H. Kater, *Das “Ahnenerbe” der SS 1935-1945. Ein Beitrag zur Kulturpolitik des Dritten Reiches*, Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1974). Sobre la orientación pro-nazi del PNB en los años treinta, vid. L. Quéré, *Jeux interdits à la frontière*, París: Anthropos, 1978, 323-25, y B. Frelaut, *Les nationalistes bretons de 1939 à 1945*, s.l.: Ed. Beltan, 1985.
50. Y. Douget, «Notre programme», [P]euples et [F]rontières, n.1, 1.1.1937, 1-2.
51. Vid. por ejemplo «Minorités en France», *Minorité-La Voix des Peuples*, Mai-Juin 1935.
52. G. Kerberiu, «Pour une action commune des minorités», PF, abril 1938 (reproducido en *Minorité-La Voix des Peuples*, V:4, 15.5.1938, pp. 247-52).
53. «Pour un rassemblement des mouvements minoritaires de France», PF, 10, 15.3.1938, p. 259.
54. Ed., «Fin d'année», PF, n.19, 15.12.1938.
55. S. Rojo Hernández, «Prensa bretona y nacionalismo vasco durante la Guerra Civil: La revista Peuples et Frontières», *Sancho el Sabio*, 18 (2003), pp. 89-104.
56. PF, 7, 1.12.1937.
57. «Les faux apôtres de la démocratie et la liberté», PF, 16, 15.9.1938, pp. 405-06.
58. PF, 20, 15.1.1939.
59. O.M., «Essai d'un classement des minorités», PF, 10, 15.3.1938. Más equívoco se presentaba en las páginas del suplemento en inglés, donde manejaba con gran confusión el término “minoría nacional”: vid. C. R. Malley, «What are West-European Minorities?», PF, 20, 15.1.1939.
60. J. Cam, «Du pire peut parfois sortir le meilleur», PF, 23, 15.4.1939.

CAM 2
WAR STR
12:23:24

